

cas y alambicadas. Por esta razón le decía un cortesano: *Padre mio, mientras que nos presentéis la razón os escucharemos con gusto; pero no afectéis talento: varios de nosotros podríamos presentar más en una estrofa que muchos predicadores en toda una cuaresma.* Se le citaba con preferencia á todos por su hermosa declamación: y sin embargo, hubiera querido, como Massillon, que se leyese sus sermones para ganar todo el tiempo que se empleaba en aprenderlos de memoria.

La Italia no puede oponer á tan grandes nombres más que el de Segneri, y aun éste pierde mucho en la comparación. Entre los protestantes, debilitado el hombre con el rigor de la predestinación, pierde mucho bajo el aspecto del amor, de la voluntad y de la acción; no puede, pues, entregarse á la elocuencia; la palabra es fría, y á lo más os escita al odio y á la cólera, como en Saurin, que carece de unción; ó es preciso buscar la elocuencia en una jerga vacía, afectada y llorona.

Los ingleses alaban en Bartow el vigor de imaginación, la amplitud, una facundia sin declamación y una recta moral. Sus ocho sermones sobre el modo de gobernar su lengua, enteramente filosóficos, tienen algo de arminianismo, y se apoyan sobre motivos racionales y hasta mundanos. Las cualidades de orador popular le valieron á South la reputación que adquirió; pues aventurando palabras familiares que después han sido vulgares, consiguió naturalidad en la frase, algo nuevo á veces en las ideas, y chiste en ciertas formas del razonamiento. Tilotson, más leído que South, tiene sin embargo más verbosidad aunque enervada; se entretiene en controversias interminables contra los católicos y calvinistas, y adopta los principios de la ley natural, no sólo como base de la revelación, sino como coincidiendo en extensión con el cristianismo. Escandalizó á los rigoristas de su país, recomendando las buenas obras más bien que las buenas opiniones.

Bossuet, 1627-1704.—Como no conocemos ningún orador alemán ó español que merezca mención particular, nos apresuramos á citar al que se considera generalmente como príncipe de la elocuencia. Jacolo Benigno Bossuet la tenía en todo; en la controversia, en el ataque, en la teología, en la política, en la explicación de la verdad ó en la refutación del error, haciendo participar á los demás de sus propias inspiraciones, produciendo la convicción sin imponerla. Un magnífico teatro se abrió para él: un gran rey á quien recordar la nada de la gloria en medio de los aplausos; una madama de la Vallière á quien consolar; un Fenelon á quien refutar; protestantes á quien combatir; libertades clericales que determinar. El brillo de los laureles ganados por Turena se reflejaba sobre el que le había convertido; y la Francia se consolaba de los males que sufría, con la esperanza de que el delfín sería educado por él. Las victorias de Condé, las desgracias de la familia real de Inglaterra le ofrecían á porfía meditaciones y lecciones que afectaban.

No es inferior á la importancia de semejantes asuntos, y nunca la palabra humana asoció tanta corrección á tanto vigor, impetuosidad y magnificencia. Su propia convicción se aumentó al ver la admirable unión de los espíritus de los Santos Padres, cuya elevación nadie sino él era capaz de comprender; fortalecióse en la soledad hasta el grado que puede dar fuerza y originalidad; después habiendo entrado en el mundo y en los negocios, tuvo siempre á la vista la grande idea de la unidad nacional, como Ciceron la majestad de la patria, y tranquilo, seguro como ella, habla con la dignidad de un soberano incontestable, noble por la sencillez que constituye su grandeza, inclinado á la persuasión porque está persuadido, afectando porque está afectado. Añádase á esto que no publicó nunca nada sino por orden ó deber. Sus *Sermones*, verdaderas obras maestras, si no hubiese compuesto sus *Oraciones fúnebres* (7), no fueron impresos sino sesenta años después de su muerte. En estas últimas composiciones, de las que no había modelos entre los antiguos, en presencia del trono y de la tumba, empleaba imágenes siempre nobles, ideas de estensa aplicación, y como corresponden al variado auditorio de las iglesias, poco dispuesto á comprender las que tienen más profundidad y originalidad; rasgos vivos, y sin embargo exactos; armonía entre las partes y el todo; sin nada de sutilezas ni alambicado; si á veces amplifica más de lo que conviene la palabra de Dios, la clase misma del discurso le excusa. En medio de las munificencias sin iguales de su siglo y de su rey, no cesa de recordar la nada de las grandezas, que se complace en rebajar con ejemplos que hasta envilecen; y coronas, ciencia, valor, belleza no son para él más que miserables juguetes ante la severidad del sepulcro común.

¡Qué espectáculo el ver á Bossuet adornado con sus cabellos blancos y sus virtudes enfrente de la tumba de Condé, consagrar las alabanzas de una gloria percedera asociándolas á las de una gloria inmortal! ¿Quién mejor que él puede conocer la mano de Dios que, por un destino misterioso, conduce al hombre y á las naciones? Verdad que forma la conclusión de sus más magníficos conceptos. Emprendió principalmente demostrarla en el *Discurso sobre la Historia universal*, uno de los mejores libros compuestos para la educación del delfín, como también en el tratado *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*, y en la *Política de la Sagrada Escritura*, obra formada de textos de los Padres, reunidos con ayuda de un pequeño número de palabras que imitan admirablemente su estilo y sus ideas. En estos secretos no escudriña

(7) ¿Por qué ningún contemporáneo admira la elocuencia de Bossuet como predicador? ¿Por qué no se le iguala á Bourdaloue? ¿Por qué Mad. de Sevigné no dice nada de él? Este es un problema que sienta el cardenal Bausset en su importante *Historia de Bossuet*, sin saber resolverle.

Bossuet los secretos del mundo, sino las verdades eternas; no limita el poder de los reyes, sino los somete á Dios. Los pueblos tienen obligación de obedecerles; pero la de los soberanos es gobernarlos con justicia y amor. En el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, espone con sencillez la filosofía de su época, estableció la distinción entre la sensación y la inteligencia, confundida después por los sectarios de Locke, entre el sentimiento y el juicio, confundidos también más tarde por Condillac, y entre la inteligencia y la imaginación, que lo fueron luego por Reid y Stewart.

Fenelon, 1631-1713.—Ciertamente que no se podía confiar á mejores manos la educación del delfín, misión de que debía dar cuenta á toda la Europa y á la posteridad el que fuese juzgado digno de ella. Pero el largo reinado de Luis XIV dejó al delfín tiempo de envejecer, y al duque de Borgoña, su hijo, llamado el delfín joven, el de llegar á ser hombre. Un prelado digno de ponerse á nivel de Bossuet proporcionó á este príncipe particulares cuidados. Francisco Fenelon del Quercy había querido al principio ir á predicar el Evangelio como misionero á los salvajes del Canadá, después á los pueblos de Oriente; pero permaneció en Francia para instruir á los *nuevos católicos*; y para convertir á los protestantes de las Cevenas. Escribió para madama de Beauvilliers el tratado *De la educación de las doncellas*, obra llena de buen sentido y de la delicadeza que reclama el asunto. Su discurso sobre las misiones extranjeras y el que compuso para el arzobispo de Colonia, son de una elocuencia espléndida y llena de atractivo; tenía además el don particular de hacerse amar de todos, grandes y pequeños, príncipes, mujeres, soldados y sacerdotes. Elegido para encargarse de la educación del joven delfín, reconoció la importancia de esta misión para la futura felicidad de los pueblos. Siguiendo con tranquila atención los estravios del fogoso temperamento de su discípulo, hizo surgir la lección del error. Escribió para las circunstancias de un día una fábula; para las de otro un diálogo de los muertos, resúmenes, historias, todo en vista de la soberanía futura. En el tratado *De la existencia de Dios*, en el que manifiesta las causas finales, da rienda suelta á su imaginación descriptiva, sin escluir una lógica convincente. Pero si Bossuet consideraba en su real discípulo al heredero de un rey absoluto, Fenelon reconocía en el suyo al depositario de una monarquía templada; en su consecuencia, se proponía sustituir á la monarquía absoluta, que se arruinaba, un gobierno de consejos en el que todo se hiciese con regularidad consultando á la nación.

Por esto hablaba con frecuencia de las libertades que convenia restablecer, y presentaba los antiguos príncipes bajo un aspecto benévolo y lleno de virtudes.

Tal fué la idea del *Telémaco*, obra la más civilizada y al mismo tiempo la más atrevida que pro-

dujo el siglo XVII; sacrificándole á la moda de la erudición, siguió las huellas de Homero, escediéndole en la longitud de los detalles, como consecuencia de la ausencia de los versos. Aquellas numerosas intrigas, que concluyen siempre con maravillosas catástrofes, repugnan á la sencillez griega de su modelo. Tiene demasiados discursos, muchas sentencias, y es extraño que ofrezca los amores de Calipso y Eucaris como lección á los hijos del rey de Francia. Pero, sea lo que quiera, importa considerar aquel libro en su objeto, que era educar un buen príncipe para la nación, dándole lecciones que tuviesen el sello de la justicia y de la firmeza bajo el nombre de los antiguos héroes; presentándole un sistema completo de economía enteramente diferente del dominante, y la necesidad de hacer participar al pueblo del poder. Hubiera podido hasta evitar la necesidad de la revolución, inclinándolo á los reyes á conceder lo que era indispensable á la nueva época. Un cristiano que describe el Olimpo y un sacerdote que pinta el amor no puede dejar de ser falso y frío.

Un copista de gusto bastante delicado para comprender las bellezas del *Telémaco* y bastante indiscreto para querer aprovecharse de ellas, le hizo imprimir en Holanda en 1699, sin el consentimiento del autor. La procedencia del libro dispuso los ánimos á encontrar en él una sátira contra la corte. Se representaron á Luis XIV en el vanidoso y triunfante Sesostris, y en Idomeneo que corrompe á Salento con el lujo, al paso que descuida las cosas necesarias. Louvois fué igualado á Protesilao, enemigo de los capitanes que sirven al Estado más bien que al ministro. Las alusiones verdaderas ó presuntas hicieron perdonar los discursos de retórica, las relaciones prolijas, las aventuras mal dispuestas y las inútiles descripciones. Esta obra, que no respira más que moderación, agradó á la cansada Europa: pronto se encontró en manos de todos; y Luis XIV consideró un insulto hecho á su gloria, el homenaje universal que se tributaba á su súbdito.

No por esto ha de deducirse del *Telémaco* la política de Fenelon, ni creer que trató de aplicar á un estenso reino las instituciones de la pequeña Salento. Cuando murió su augusto discípulo, Luis XIV y madama de Maintenon se encerraron en sus aposentos para quemar los escritos destinados á la educación del príncipe; pues dictados por un libre pensamiento parecían la censura del gobierno de entonces, y trataban de preparar uno para lo futuro. Algunos se escaparon, no obstante, á la despótica envidia del anciano rey, entre otros un *Exámen de conciencia sobre los deberes del reino*, en el que Fenelon fijaba las meditaciones del duque de Borgoña en las verdades espuestas á sus miradas, imponiéndole la instrucción, una conducta ejemplar, la justicia, y revelándole las ilusiones que rodeaban á un príncipe. Cuando después se eclipsaba al astro de Luis XIV, alejado Fenelon de la corte, y no estando ya deslumbrado por sus

prestigios, redactó varias *Memorias* (8) para señalar los males del reino y los remedios que se debían aplicar para evitar la guerra de España ó demostrar de nuevo la injusticia, como también la necesidad de volver á la paz. Insistía principalmente en el consejo de devolver á la nación sus franquicias vulneradas, y acercarla al rey convocando á las notables; éste era el único medio de escapar de la inminente ruina, pues el despotismo es muy débil bajo una apariencia de fuerza (9), y de esta manera conjurar tal vez los acontecimientos terribles de 1789. Pero es preciso confesar que muchas veces sueña en imposibles; ve el bien y no ve las circunstancias que lo combaten; quería acabar con los espías de oficio y encargar el desempeño de sus cometidos á personas honradas.

Madama de Maintenon quiso que Fenelon le describiese sus propios defectos, lo que desempeñó con bastante franqueza, aunque con alguna consideración. Creemos deber citar este pasaje: «En atención á que el rey se conduce no tanto por las máximas que se han seguido, como por la impresión de los que le rodean, lo esencial es no perder la ocasión de poner á su lado personas virtuosas, que obren de concierto con vos para hacerle desempeñar sus deberes en toda su estension, de lo cual no tiene idea.... El gran punto es sitiarse, pues que quiere serlo; gobernarle, pues que quiere ser gobernado. Su salvación consiste en no rodearse sino de personas rectas y desinteresadas. Debeis, pues, dedicaros enteramente á inspirarle la paz, y sobre todo el consuelo de los pueblos; la moderación, la equidad, la desconfianza de los consejos duros y violentos, el horror á los actos de autoridad arbitraria; en fin, el amor á la Iglesia y el cuidado de procurarle santos pastores.» (10)

Difería mucho Fenelon de la adulación universal para poder agradar al rey, á quien no gustó verle por espacio de cinco años preceptor del delfín, sin pedir nada; después cuando fué nombrado arzobispo de Cambrai, imponer por condición de su aceptación el que residiría en su diócesis, y no iría á la corte sino en los meses vacantes. Pero le cobró odio después de la impresión del Telémaco,

(8) Se honra á Montesquieu por haber dado una definición de la ley que se extiende á toda la naturaleza; pero en el opúsculo en que el caballero de Ramsay espuso, con el título de *Ensayos políticos sobre el gobierno civil*, las conversaciones de Fenelon con el pretendiente de Inglaterra, en el capítulo III, comienza de esta manera: *La ley en general no es otra cosa que la regla que cada ser debe seguir para obrar con arreglo á su naturaleza. Así es que en la física se entiende por leyes de movimiento, las reglas por las cuales cada cuerpo es trasladado necesariamente de un punto á otro, y en la moral la ley natural significa la regla que cada inteligencia debe seguir libremente para ser razonable.*

(9) Lo veremos en el cap. XXV.

(10) DE BAUSSET, I, pág. 255; edición de Versalles, 1817. Véase además á GOSSELIN, *Historia literaria de Francia*, París, 1846.

aunque protestó de su inocencia, con respecto á la publicación y á las alusiones.

Fenelon, alma llena de dulzura, sabia gemir como la paloma á las heridas que recibía, sin carecer por eso de la habilidad necesaria para devolver el dardo á sus adversarios. Ama á los hombres más de lo que los conoce; vive en un elemento puro, pero sin tener allí seguros impulsos; tiene encanto en las imágenes, corrección en las ideas, pero no la perfección de estilo que hace que no se pueda recordar la idea sin los términos en que está espresada. Su delicadeza no le permite alcanzar la fuerza; se detiene á mitad de la pendiente, al paso que Bossuet se lanza á la cima. El obispo de Meaux, majestuoso y sublime, popular y sencillo, sabe el lenguaje de los reyes, el de los hombres de Estado, del guerrero, del pueblo, del sabio, del campesino, de la escuela, del santuario y del tribunal; se sirve de una espresión pomposa como de una palabra trivial; de lo anticuado como de lo nuevo, y sus ideas son como sus palabras, variadas, comunes, sublimes. Fenelon es la voz de la sabiduría; Bossuet es la de la autoridad. El primero presenta el pasto á las extraviadas ovejas, el segundo aniquila los indóciles carneros; el uno inspira el gusto hácia el bien, el otro le impone como una necesidad; Fenelon imitando, se obliga á revestir el fondo cristiano con ideas paganas; Bossuet, grande porque es uno, revela en todo la grandeza de la Iglesia católica, tanto en la ciencia como en la práctica, en la historia como en la discusión: de aquí procede la originalidad de su método, aun cuando camine por la senda de los antiguos.

Quietismo.—Aquellos dos grandes hombres se dividieron con respecto al quietismo. Miguel Molinos, de Zaragoza, personaje de gran crédito, y consultado en los más difíciles casos de conciencia, publicó en Roma un *Guía espiritual*, en el que enseñaba una teología mística, según la cual el alma enamorada de Dios puede alcanzar, por intuición, verdades inaccesibles á la razón y á la dogmática, y libre del pecado llegar al trono de Dios por la tranquilidad interior y la oración. Ahora bien, la oración, decía, no requiere palabras, pues un santo silencio une á Dios; la oración hecha de esta manera es libre en su actividad y en el vuelo de su imaginación. El cristiano no debe recurrir, para hacerla, ni á Dios ni á las criaturas, ignorar lo que Dios obra en él, con objeto de no lisonjarse de haber cooperado al bien, sino recibir pasivamente la impresión de la luz celestial, sin ejercer ningún acto de amor, de adoración ó de piedad. En semejante quietismo, el alma no desea nada, ni aun su salvación; no teme nada, ni aun el infierno; no experimenta otro sentimiento que un abandono total á la voluntad de Dios. Llegada á este estado de contemplación perfecta, el alma no tiene necesidad de los Sacramentos ni de las buenas obras; los más culpables caprichos pueden afectar la parte sensitiva del alma, sin man-

charla y sin alcanzar á su parte superior, en la que residen la inteligencia y la voluntad. Dios la somete á un martirio espiritual, induciéndola á graves tentaciones para purificarla y darle el conocimiento de su propia abyección; pero, lejos de asustarse conviene despreciarlas; sentimiento más injurioso para el espíritu orgulloso, es decir, para el demonio, á quien es preciso dejar obrar á su antojo, permaneciendo tranquila; pues si se incurriese en impureza, el alma es sola la que se lava y purifica; el que se aflige de haber sucumbido, manifiesta orgullo; no sabe que Dios guía al hombre á la salvación, no sólo por las virtudes sino por los vicios, y que no prefiere al que obra ó ama más, sino al que sufre más.

La cuestión de la gracia era llevada por los molinistas á otro exceso muy diferente que el de los jansenistas, y hasta sacar en consecuencia el anodamiento de las facultades del hombre, pues el hecho de obrar es una ofensa á Dios, y oponerse á la verdadera perfección que quiere operar en nosotros sin nuestro concurso, y el rogarle sería pretender que renunciase en nuestro favor á su inmutabilidad.

No tardó la perspicaz mirada de los jesuitas de Roma en conocer el peligro de semejantes doctrinas; y como Molinos era tenido por santo, hasta por el mismo Inocencio XI, pidieron la ayuda del padre La-Chaise, confesor de Luis XIV. De esta manera obtuvieron la condena de sesenta y ocho proposiciones del casuista español, que en su consecuencia fué preso hasta su muerte en las cárceles de la Inquisición.

Su doctrina no murió con él; encontró prosélitos hasta en diferentes países. En Sicilia, una sor Teresa se dejó persuadir, por pretendidas revelaciones del Altísimo, que era la cuarta persona de la Santísima Trinidad, y co-redentora, encontrando varias personas que la creyeron, hasta que fué presa (11). Otros predicaron en Francia el quietismo aunque libre de sus formas extravagantes é impías: tuvo por apóstol á Francisco Le-Combe, barnabita saboyardo, autor del *Análisis de la oración mental*. Juana María Bouvières de La-Mothe Guyon, enamorándose de él místicamente, le adoptó por hijo, ó como decía, le engendró; y por espacio de diez años recorrieron la Italia y la Francia en una intimidad espiritual que escandalizaba mucho á las personas de poca fe, al mismo tiempo que las revelaciones que tenía, sus limosnas y la asistencia que prodigaba á los pobres le adquirían prosélitos. Había publicado en París el *Medio breve y muy fácil para la oración* (1681), y una interpretación del *Cantar de los Cantares*; en Verceli, las *Explicacio-*

(11) Hácia aquella época, Agustín Gabrini, de Brescia, se hizo en Roma jefe de una sociedad de fanáticos, llamados caballeros del Apocalipsis, que se proclamaban reunidos para defender la iglesia del Antecristo, dispuesto ya á hacerse adorar.

nes del Apocalipsis. De vuelta á París encontró personas instruidas en su doctrina, y les enseñó las *Vías de lo interior*. En sus predicaciones, hechas con un misterioso atractivo, se estendía sobre la oración del silencio, sobre la fe desnuda y sobre el estado de la infancia. Aunque sus enemigos no han podido calumniar sus costumbres, no por eso es menos cierto que la relación que hizo de su vida y la explicación que dió del Apocalipsis están llenas de visiones que huelen á licencia. El barnabita fué encerrado en Vincennes (1688), y madama Guyon confinada en las Salesas; pero las damas, que por moda habían adoptado su partido, y principalmente madama de Maintenon, obtuvieron su libertad desde el momento en que se retractó.

El fundamento de su doctrina es el amor de Dios puro y por sí mismo, sin temores ni esperanzas. Un solo acto de amor basta para elevar el alma á la contemplación, que abandonándose enteramente á la voluntad divina, produce la perfección suprema. Así, pues, no hay necesidad de penitencias exteriores, ejercicios de piedad, reglas ni prescripciones para cooperar á la salvación; hasta los Sacramentos son inútiles, pues basta que el alma descanse en Dios sin tener ningún cuidado ni de la muerte, ni de la vida, ni de la salvación, ni de la condenación. El hombre obra por amor á sí mismo, al paso que la causa del amor perfecto que debe comprenderle es superior á él; pero es preciso que un poder, también superior, obre en él continuamente para hacerse superior á sí mismo, y amar según la inmutable ley del amor. Se consigue esto por la oración, y la más perfecta es recibir pasivamente las impresiones de Dios. Habiendo perdido entonces el alma su individualidad, no sabe qué condenar en ella, en atención á que su voluntad se encuentra confundida con la de Dios, y no sabría de qué confesarse.

Madama Guyon había reunido autoridades favorables entre los antiguos y los modernos, particularmente de san Buenaventura, de santa Teresa, de Gerson, del cardenal Bona. Añadía que el cristianismo había tenido tres épocas: la del Padre antes de la encarnación, la del Hijo y la del Espíritu Santo, que hará cumplir á los hombres, comunicándose con ellos, la voluntad de Dios, tanto en la tierra como en el cielo. Pretendía también, ó se persuadía, haber recibido del Altísimo una autoridad milagrosa sobre los cuerpos y las almas, y ver en lo interior de los corazones. Sufría vivamente por los pecadores, aunque no los hubiese concebido de su esposo. En medio de aquellas angustias, recibía una exuberancia de gracia que comunicaba á los que se acercaban a ella; aun personas distantes eran afectadas, y sin conocerla la invocaban por madre.

Experimentó una emoción de esta clase cuando vió por primera vez al abate Fenelon, y un gran deseo de dilatar su corazón en el suyo: «Pero no encontraba yo correspondencia, decía; por lo cual sufría, sobre todo de noche.» Habiendo llegado á

ser Fenelon preceptor del duque en Borgoña, vió con frecuencia á madama Guyon, á la que tenían un placer en recurrir las almas secas de la corte para recoger el maná secreto. Su natural afable y pensativo le inclinó hácia esta mujer, que avara de virtud, dotada de una imaginación de fuego y de una sensualidad terrible, luchando con la inexorable idea del deber, queria subyugar sus sentidos dando á sus exaltaciones la apariencia de la devoción. No era con Fenelon, cuyas costumbres eran puras y el talento grande, con quien hubiera podido lanzarse á visiones y extravagancias; así era que se limitaba á discurrir con gravedad asuntos graves, hasta el punto de persuadirle de su santidad. A sugestión suya, la recibió madama de Maintenon entre las jóvenes, nobles y pobres, para cuya educación fundó el colegio de Saint-Cyr; pero el obispo de Chartres se asustó de las conversiones que hacia, y la alejó de él. Considerándose calumniada, sometió madama Guyon sus escritos y sus oraciones á Bossuet, por la opinión suprema que ejercia; pero aquel prelado, que aguerrido en las luchas positivas con los protestantes, no entendia nada de misticismo, le declaró que las revelaciones y los milagros eran ilusiones del amor propio: en su consecuencia, le prohibió los Sacramentos; pero su pronta sumisión le hizo retirar la prohibición.

La cuestión versaba sobre el modo de practicar el amor divino; por tanto no podía menos de ser muy elevada. Bossuet y Fenelon estaban de acuerdo respecto de la naturaleza del misticismo, pero no acerca de su práctica. Túvose después una conferencia en Issy entre Bossuet, Fenelon y otros; y madama Guyon dió esplicaciones ortodoxas hasta sobre los pasajes más extraños de sus escritos. Juzgósele, pues, irreprochable en la fe, y muy distante de las abominaciones atribuidas á Molinos, y la doctrina del amor puro ó de la confianza en Dios se redactó en treinta y cuatro artículos. Madama Guyon se sometió con toda docilidad, la que renovó varias veces; obtuvo la estimación de personas muy íntegras, y unas veces encerrada y otras en libertad, fugitiva, y en fin, desterrada, terminó sus días en una silenciosa devoción. Escribió después Bossuet la *Instrucción sobre los estados de la oración*, en el que trató con toda estension la materia, reprobando como partícipes de molinismo varias opiniones de la misma Guyon que había absuelto. Fenelon, cuya aprobación quiso sorprender, se la negó.

El mundo ha pretendido que Bossuet no amaba á Fenelon, porque siendo aun joven, había adquirido gloria literaria, una reputación sin tacha, la afección de todos, y porque cuando llegó á ser arzobispo de Cambray había renunciado á todo otro beneficio, y comprometióse á no permanecer cerca de sus reales discípulos, más que los tres meses de vacaciones. Sea lo que se quiera, es lo cierto, que desde este momento comienza la discordia entre los dos ilustres prelados, entre los

admiradores de Bossuet y los amigos de Fenelon. Para disculpar el arzobispo de Cambray á los nuevos místicos, emprendió comentar los artículos de Issy, apoyándose en la opinión de los autores. En este trabajo que se dió á luz con el título de *Máximas de los santos con respecto á la vida interior*, sostiene que la perfección cristiana consistia en la oración pasiva, y la contemplación en el amor puro y perfecto de Dios sin temor ni esperanza; perfección escésiva; pero que honra á aquel que cree poder sostenerla. Pronto produjo escándalo, como si hubiese predicado un quietismo puro y la indiferencia de la salvación. Bossuet, cuya mirada vigilaba todo error de doctrina, manifiesta que la atención suprema á nuestra salvación personal constituye para moral teológica, una condición general indispensable para la sociedad, que de otra manera caería en la inercia. Pero, en el ardor de la disputa se le escapó decir que la nueva Priscila había encontrado su Montano, y atacó á su adversario con toda la impetuosidad del celo y de la elocuencia. Fenelon replicó pero mostrándose todo amor y mansedumbre, aunque la abeja no estaba desprovista de aguijón; lo que produjo que sus intenciones pareciesen rectas y sus explicaciones ortodoxas, aun á aquellos que le hacian un cargo por haber adelantado demasiado en las *Máximas de los santos* (12). Bossuet se arrojó á los pies del rey pidiéndole perdón de no haberle revelado los errores de los disfrazados molinistas: y Luis XIV,

(12) Mad. de Maintenon había publicado varias cartas y escritos que Fenelon le había dirigido, y él se quejó de ello con razón; pero la rectitud de sus intenciones brilla de una manera notable en la correspondencia que emprendió con este motivo con aquella señora: *Cuando lo juzguis á propósito, explicaré á fondo los casos en los cuales las máximas de mis escritos, aunque verdaderas y útiles en sí mismas para ciertas personas, son falsas para otras, con respecto á las cuales están fuera de lugar. Haré notar también los límites que deben tener para las mismas personas á quienes convienen más. Con poco que se las entienda se las hace perniciosas y convierte en un manantial de ilusiones... Las personas débiles no adoptan de estas verdades más que ciertos trozos sueltos, según su gusto, y no consideran que es enfermarse á sí mismo el tomar el remedio destinado á otro enfermo de enfermedad enteramente diferente y no tomar más que la mitad. Aun cuando no se adopte más que la libertad de reflexionar sobre sí mismo, con el pretexto de olvidarse y renunciar, esta libertad se volverá licencia y extravío. El que importa sofocará todos los remordimientos y todos los exámenes; si no se incurre en males espantosos, al menos le será indiscreto, temerario, presuntuoso, irregular, inmortificado, incompatible é incapaz de edificar á su prójimo... ¿Qué importa para las reflexiones vanas sobre sí mismo, en las cuales el amor propio quisiera turbar la paz del alma? ¿Nada es tan cierto y tan bueno como lo que importa? Pero puede llegar á ser falso, insensato y escandaloso; no hay más paso que dar y esto conduce al extravío. Pero el error de éstos á quien le importa? No conviene, y el que abusa de él no impide que sea cierto y bueno en sí mismo cuando está dotado de toda la estension de su verdadero sentido por aquellos á quienes conviene, etc. (26 de noviembre de 1693).*

mal dispuesto ya contra Fenelon, horrorizado con la idea de haber confiado la educación de sus hijos á un hereje, lo mandó á su diócesis y destituyó á sus parientes de sus empleos: desde entonces todos los cortesanos comenzaron á hablar mal del prelado que había perdido el favor; nadie se atrevió ya á tener correspondencia con él, y el mismo duque de Borgoña, su discípulo, no pudo más que compadecerle en secreto (13).

Habiendo sido elevada la causa á Roma, los diez teólogos nombrados por Inocencio XI para examinarla, empataron sus opiniones. Pero como Luis XIV insistiese con impaciencia en un escrito

(13) El duque de Borgoña escribía á Fenelon el 22 de diciembre de 1741: *En fin encuentro una ocasión favorable de romper el silencio en que he permanecido cuatro años. He sufrido muchos males, pero uno de los mayores ha sido no poder manifestaros lo que sentía por vos durante este tiempo, y que mi amistad se aumentaba con vuestras desgracias, en lugar de disminuirse.*

amenazador, en el que se baja hasta las amenazas, y en el cual se desearia no conocer la mano ni la influencia de Bossuet, fueron condenados veintitres artículos del libro de Fenelon (1699), no como herejes, sino como erróneos. Luis XIV escribió al papa por su propia mano dándole las gracias. Fenelon apareció cien mil veces más grande que su enemigo, cuando aceptó con sumisión la decisión del pontífice, cuyo breve leyó en el púlpito, sin añadir una sola palabra. De esta manera permaneció acallada, contra la costumbre, esta cuestión, que no era más que una protesta solemne y sencilla de nuestra constitución moral contra el conjunto de las doctrinas teológicas.

Fenelon permaneció alejado de la corte, sin que por eso dejase de compadecer los reveses del rey, ni cesar de indicar los remedios. Se le vió, cuando el ejército francés, batido y hambriento; fué á acampar en su diócesis, abrirle sus graneros para alimentarle. Sobrevivió á sus perseguidores y á su discípulo, amado de los mismos que le habían combatido.